

Decencia Común

Era un día normal. Al salir de la ducha, Jorge se puso unos vaqueros viejos y una camisa verde desteñida, se tomó un café y salió a la calle. Quería saber qué iba a pasar. La mayoría de la gente no le prestaba demasiada atención: una mirada de reojo, quizá un ceño fruncido, y desviaban la vista. En la otra acera unos niños se echaron a reír. Dobló la esquina.

-¿Pero es que no tiene usted vergüenza? – le reprendió una mujer mientras trataba de taparle los ojos a sus dos hijas.

Jorge continuó andando, pero no tardó en aparecer la policía.

Al poco rato entró en su celda un teniente y dos agentes armados con porras que permanecieron cerca de la puerta.

- Quítese la ropa - ordenó el teniente.

- Oiga, conozco mis derechos – replicó Jorge, trabándose un poco con las palabras.

- Como se atreva a tocarme...

- Le he dicho que se desnude. No me haga perder el tiempo que aquí mando yo.

No tuvo más remedio que obedecer. Quedó de pie, sin saber qué hacer con las manos, frente a los tres hombres.

- Bien, esta vez puede irse – dijo el teniente – pero sepa que si lo vuelve a hacer se le aplicará la multa que procede por vestimentismo.